

CYBER SEX

Autor: Addi Nahúm Jacobo

Corrección de estilo: Manya Loría

Tiemblo y repentinamente el pulso se me acelera. Vuelve esta pinche sensación de adormecimiento en los brazos, ¡puta madre! Lucho por permanecer, no quiero rendirme, necesito que se me abra de nuevo esa ventana. Me falta el aire... ¿¡Dónde pinches está!?! Doy todo por volverla a encontrar: manos preciosas, voz de diosa, mi gigante...

Te entiendo, minina, por eso me miras así desde el rincón, te asusta mi desesperación. Es que sencillamente no puedo, gatita, no puedo controlarme. Tu mirada me incómoda, no la quiero, quiero ser visto por ella y por nadie más, como hace una semana, ¿te acuerdas?

¡Cómo llovía!, el cielo retumbaba tan fuerte que tú, minina, te escondiste debajo de la cama y fue imposible sacarte. No quería atender el teléfono y lo puse en “Silencio”, las llamadas eran de la que ahora es mi ex, no paraba de insistir con esos memes aburridos de “Ven, mis padres no están en casa”. Decidí ignorarla; de un tiempo para acá, el sexo con ella se había tornado insípido, he llegado a clímax más intensos haciéndome una paja que con veinte minutos de ella dando brincos sobre mí.

El agua mojaba la ventana, una cascada recorría mi casa. Igual que ahora, minina, así de fuerte estaba la lluvia y así de lenta estaba la computadora... Lo que pasa, gatita, es que aquellas manos eran especiales, la delicadeza con la que recorrían las hojas de ese viejo libro me erizó la piel, pero lo que me dejó pasmado fue otra cosa. No lo entenderías, ni aunque te lo maullara, ni aunque tuviéramos un traductor que decodificará mis palabras en algo que sea comprensible para tu mente felina, simplemente no entenderías este teclear furioso, estos clicks desesperados, necesito encontrarla, que vuelva a aparecer ante mí su habitación con colores chillones y peluches. El problema aquí es el azar, gatita, ¿cómo se supone que la halle entre tantos tipos ávidos por mostrar su miembro? ¿Qué hice aquella vez que tuve la fortuna de que nos encontráramos? Piensa, piensa... Hacía scroll-down por Facebook y me detuve de golpe ante la publicidad de un detergente para platos que presumía ser “poco agresivo” con la piel. Sólo se

veían unas manos enjabonando trastes y de alguna manera eso me excitó, las venas marcadas en esas manos tan bien cuidadas me cautivaron tanto que, de pronto, ya tenía una erección. No lo pensé más y tecleé en Google la palabra *Chatroulette*: ante mí se desplegaron dos recuadros negros, un espacio en blanco para escribir y un botón con la frase “comenzar a chatear”. Piqué el botón: un montón de gente abriendo de par en par las ventanas digitales a su realidad. Traté de alinearme un poco, me acomodé el cabello y busqué mi mejor ángulo, y de repente en uno de los abismales recuadros pude visualizar la frente calva de un tipejo que se apresuró a escribir un “ola” sin hache. Piqué “siguiente”. Fue cuestión de segundos para que otra ventana virtual se abriera de súbito y yo pudiera asomarme, se trataba de un hombre joven y sin camisa, su habitación pintada de azul hacía resaltar sus blanquecinos y lampiños pellejos. Para el tercer intento solo apareció un mensaje: “Date un baño, hippie culiao”, iba a responderle al chileno pendejo cuando de súbito se me cerró su ventana: el muy cobarde había picado “siguiente” antes que yo. “Qué chingue a su madre”, me dije, mientras advertía que poco a poco se me bajaba la erección. Le di otra oportunidad a un par de cibernautas anónimos: uno sacudió de un lado a otro su pito, para después pintarme dedo. El otro era una suerte de supremacista blanco con una gorra roja que llevaba la frase *Make America great again*.

Comenzaba a aburrirme cuando de pronto se abrió ante mí la ventana más luminosa que haya visto en mi vida, tanto real como virtual: en ella había una habitación de colores vistosos y muñecos varios, y pude vislumbrar una mano enviándome saludos. Quedé pasmado: de su dedo meñique brotaba una protuberancia de un color más oscuro que el resto de su piel, una gran verruga... Jamás vi manos tan hermosas y reales, las manos perfectas que vi en el anuncio de detergente estaban retocadas, pero éstas eran auténticas y esa protuberancia era algo así como la cereza del pastel.

Si tan sólo pudiera regresar a ese momento... Ya no puedo más, los párpados me pesan y el estómago me gruñe. he clickeado como loco por una semana, cada vez con menos esperanzas de encontrarla. Te juro, minina, que cuando su habitación apareció ante mis ojos casi pude percibir el olor. ¿Qué te parece el poema que te he leído estos últimos días? Es el que ella me recitó y por eso me tienes así... pero sólo obtengo ventanas a lugares que no me interesan.

Lo único que quiero es a mi gigante, la de la verruga seductora. Yo soy uno de esos hijos monstruosos de la creación, como dice el poema, mi única *hibris* ha sido la de luchar por dejar de vivir como tal, y vivir junto a una joven gigante, como un gato sensual a sus pies. Mi gigante que abrió la ventana por una única vez.

Lo recuerdo a la perfección. “Hola”, te escribí, y cuando vi que tu mano dejaba de saludar me quedé helado, pensé que en cualquier momento ibas a apretar “Siguiente”. “¿Trasnochando?” te pregunté, y me respondiste “Aún es temprano, ¿eres de esos nenes que se duermen a las 9 de la noche?”. De alguna manera el chistorete me destanteó, te respondí fríamente que yo duermo a la hora que se me hincha y te pedí por favor que me mostraras más que tus manos. “¿A qué te refieres con “más que las manos?””, escribiste, “no nos hagamos”, te respondí, pero llanamente dijiste “No puedo, estoy muy desarreglada”, insistí, pero me dejaste claro que mis esfuerzos eran más que vacuos. “¿Y qué piensas de mí?” te dije tratando de parecer inocente, “¿Qué pienso de qué? Ni te conozco” me espetaste. “Pues sí, ¿qué te parezco? ¿Estoy guapo o feo? ¿Me dabas o no me dabas?”. “Me gusta tu cabello. También me gusta la forma de tus cejas, feo no eres”. “Gracias”, respondí secamente, pero en realidad quería escribirte “Te amo”. El corazón me palpitaba de manera brutal, podía sentir mi pulso en cada zona del cuerpo. “Tú tienes unas manos bellísimas, en serio, creo que nunca había visto unas manos tan bonitas”, seguí con timidez, y de pronto esa mano volvió a hacer su aparición en la ventana, pero esta vez mantenía su pulgar firme en señal de aprobación. Se hizo un silencio y dejé de verla por un momento, pero después de unos segundos, las manos reaparecieron: sostenían un enorme libro con tapas de piel. Tus dedos tan peculiares y largos recorrían las hojas, la verruga las rozaba con sensualidad y yo no podía hacer otra cosa que frotar mi entrepierna con discreción. Cuando tus manos dejaron de cambiar las páginas, se materializó el sonido más bello que mis oídos han escuchado: era tu voz recitando un poema que hablaba sobre el deseo de un hombre hacia una mujer inalcanzable, enorme. “Recorrer a mi gusto sus magníficas formas”. Cuando terminaste, te escribí “eso fue bellissimo, ¿de quién es el poema?”, “gracias, se llama “La gigante” de Charles Baudelaire, es sobre ti y sobre mí...”, con esas simples palabras me puse rojo de la excitación. “Noté que te tocabas...” escribiste; sentí vergüenza y quise disculparme, pero se adelantó tu respuesta, “eso me gusta... ¿Quieres que te siga leyendo hasta que te corras?” “Eso me encantaría”, respondí babeante, “pero

por favor, vuelve a recorrer las páginas con tus dedos, tómate tu tiempo, como si no encontraras el poema indicado”. De inmediato las manos comenzaron su mágico recorrido por las páginas, esa noche me recitaste diez poemas, pero pude llegar al clímax hasta que repetiste, por petición mía, “La gigante”. A la par que recitabas, no podía evitar percibir ese aroma, tus manos eran perfectas para mí, las visualicé como esa aldea apacible que yace al pie de la montaña. Nunca había tenido un orgasmo tan intenso. Quedé agotado, y algo me decía que tú también, como si de alguna manera supiera que alcanzaste el clímax sólo con leerme poesía. Te pedí tus datos, algún correo por el cual pudiéramos seguir en contacto, pero sólo dijiste “Búscame mañana a la misma hora, quizás después decida pasarte mi correo”, te rogué que me lo dieras ahora. “Tienes cinco minutos para convencerme”. Te escribí un extenso tratado explicándote por qué te necesitaba en mi vida, pero cuando estaba por presionar el botón de “Enviar” hubo un apagón. El internet se fue y tu ventana se me cerró para siempre. Ahí estaba yo, ridículo, sosteniendo mi miembro en medio de la obscuridad, iluminado tenuemente por el fulgor de mi ventana virtual, justo como ahora.